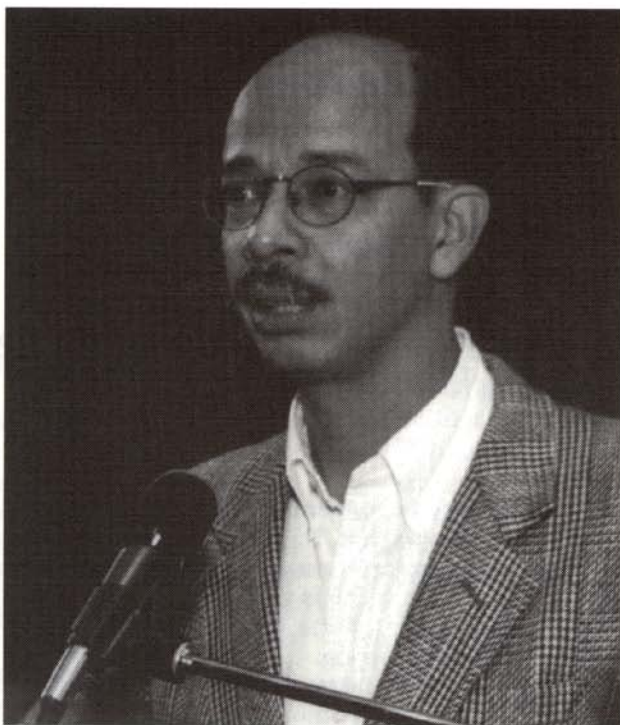


ENCUENTROS



El Salvador y la construcción de la identidad cultural

Conferencia de
Miguel Huevo Mixco

CENTRO CULTURAL DEL BID

Félix Angel: Coordinador General y Curador

Soledad Guerra: Asistente del Coordinador General

Anne Vena: Coordinadora de Conciertos y Conferencias

**Elba Agusti: Asistente de Administración y del Programa
de Estímulo y Promoción Cultural**

**Gabriela Moragas: Asistente de Manejo y Conservación de la
Colección de Arte del BID**



En Mayo de 1992, el Banco Interamericano de Desarrollo creó el Centro Cultural en su sede de Washington, D.C. con el propósito de establecer una sala de exposición y un foro permanente desde donde difundir las manifestaciones más destacadas de la vida artística e intelectual de sus países miembros, que incluyen a Norte, Centro y Sur América, el Caribe, Europa Occidental, Israel y Japón. A través del Centro, el Banco contribuye de esta forma a realzar la expresión cultural como un elemento integral del desarrollo económico y social de los pueblos. Las actividades del Centro, como exposiciones de arte, conferencias y conciertos, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento sobre la cultura de las Américas.

EL SALVADOR Y LA CONSTRUCCION DE LA IDENTIDAD CULTURAL

Miguel Huevo Mixco

I El puente imaginario

Hasta los años treinta de este siglo XX, Centroamérica todavía podía seguir considerándose una unidad. No sólo en términos geográficos, históricos y, en gran medida, lingüísticos, sino también por las corrientes culturales e ideológicas comunes que lo atravesaban, el istmo bien podía ser visto como un puente. Por su posición continental, los centroamericanos llegaron a concebir esta angosta franja territorial como un puente cultural, económico y social entre las Américas.

Aquella idea, como muchas que surgieron en el istmo a partir de los años treinta, se centraba en una imagen de los Estados Unidos como una contraparte

inevitable y a la vez necesaria. La construcción de la Carretera Panamericana, que simbolizó la unión continental a través del territorio istmeño, no hubiera sido posible sin fondos estadounidenses, como tampoco la del canal interoceánico que atraviesa Panamá. Los Estados Unidos han sido para Centroamérica como el hermano siamés que posee la fuerza y los órganos vitales y que mantiene vivo a su vecino empobrecido.

Podríamos decir—y ésta es una de las ideas centrales de mi intervención—que en la construcción de la identidad cultural de El Salvador y toda Centroamérica, los Estados Unidos han desempeñado un papel insoslayable. Aceptar que la política estadounidense en la región ha sido un

factor determinante en el ámbito de la cultura, que las acciones imperialistas no pueden circunscribirse al terreno de la economía o del poder político y que, por eso mismo, han ayudado a moldearla dicha cultura y a volverla más compleja y contradictoria, es una realidad que no es fácil de aceptar en nuestros días. Y no es fácil aceptarla especialmente porque gran parte del debate que se produce en nuestros países en torno al tema de la identidad está imbuido de una noción “purista”, y por lo demás anacrónica, de la “cultura nacional”.

La cultura centroamericana no puede separarse de la política estadounidense en la región. Por otro lado, considero que esa realidad en ningún momento resta “validez” a las culturas de nuestros países. En materia cultural es imprescindible, más que denunciar esa realidad, aceptarla de manera que enriquezca nuestro análisis. Debemos extraer la llamada identidad cultural salvadoreña, o guatemalteca, o panameña, o costarricense, de esa imaginaria cápsula autónoma en donde la ha ubicado el debate de los intelectuales y los políticos, como un objeto difuso e inalcanzable, escondida de los ojos del común (y que por eso debe “buscarse” o “reencontrarse”), y definirla en el contexto de nuestra realidad: la de un país que emerge a la historia en una dinámica creada por el surgimiento de un imperio nuevo. Establecidos estos supuestos, intentaré describir el panorama de las relaciones entre Centroamérica y los Estados Unidos, procurando establecer vínculos con algunas de las manifestaciones artísticas y culturales más importantes que se han producido en la región.

II Intervenciones armadas

La idea norteamericana de construir un canal interoceánico a través de Nicaragua y posteriormente Panamá se acompañó de una serie de acciones políticas, económicas y militares por parte de los Estados Unidos. Las intervenciones imperialistas se produjeron, sucesivamente, en Nicaragua, Haití, República Dominicana y México. Todo este movimiento, de naturaleza obviamente imperialista, tuvo en el terreno de la cultura un impacto que puede percibirse claramente por los medios de comunicación, tanto de los Estados Unidos como de los países de la región, y que estuvo destinado a legitimar la presencia norteamericana en suelo panameño.

Pero, como todos sabemos, la presencia de los Estados Unidos no generó solamente ideas destinadas a consolidar la visión norteamericana sobre su derecho a la intervención. Todo lo contrario. Desde mediados de los años veinte, en muchos países de Centroamérica se formaron círculos, integrados mayoritariamente por intelectuales y estudiantes, que enarbolaban programas de renovación nacional. El pensador salvadoreño Alberto Masferrer es exponente de una corriente de corte nacionalista que al mismo tiempo es portadora, por un lado, de un claro sentimiento antiestadounidense y, por otro, de una visión inspirada en la idea bolivariana de una unidad panamericana. Como él, otros intelectuales, artistas y escritores, entre ellos el hondureño Froylán Turcios, elaboraron un concepto de redención social en el que se mezclaron ideas estéticas, religiosas y políticas y que tenía como finalidad defender la soberanía

frente a lo que en ese momento comenzaba a representar el poder de los Estados Unidos en el Caribe y Centroamérica.

En *Ariel*, la revista que Turcios publicaba en Tegucigalpa, tuvieron espacio artículos del mexicano José Vasconcelos y del cubano Julio Antonio Mella, quienes desde allí mantuvieron relaciones y correspondencia con numerosos intelectuales latinoamericanos en Europa y Estados Unidos. De igual manera lo hizo, en Costa Rica, Joaquín García Monge, editor del *El repertorio americano*, publicación con una perspectiva continental que se convirtió en la caja de resonancia del pensamiento y la creación literaria y periodística de centroamericanos y otros latinoamericanos.

Aquellos textos reclamaban una urgente reorganización social, tanto en términos políticos como culturales, y ese reclamo, mediante el surgimiento y la consolidación de numerosas revistas y periódicos fundados por los sectores emergentes de la clase media, posibilitó el ejercicio de un periodismo de mayor independencia y autonomía. También permitió la difusión de ideas que a menudo desafiaban a los grupos de poder tradicionales, esto es, a aquellas familias que se apoyaban en el poder para beneficiarse con la expropiación de tierras y la explotación de la mano de obra.

Cabe resaltar que los creadores salvadoreños y centroamericanos, a diferencia de los de otras formaciones culturales en el hemisferio, no vaciaron estos planteamientos en la novela, aunque desde luego las hay representativas de aquel momento—como *La mala sombra* y *otros sucesos* de Joaquín García Monge y,

más tarde, *El tigre*, del guatemalteco Flavio Herrera—sino en el periodismo, en el ensayo filosófico-estético y en la poesía. El aparecimiento de la novela como un género literario consistente, que históricamente ha estado ligado al desarrollo de las ciudades, es un fenómeno relativamente reciente en la región centroamericana.

Los paradigmas del arte y la literatura modernistas, vigentes desde el establecimiento del reino verbal de Rubén Darío, se enfrentaron a un cambio radical. Los artistas y literatos que repuntan alrededor de los años treinta, ya no concebían el arte como una vía de escape de las degradantes formas de convivencia social imperantes en las sociedades poscoloniales, formas que el proceso de modernización económica, por la vía de las inversiones norteamericanas, parecía llamado a exacerbar en vez de resolver. El arte, a partir de entonces, pasó a ser un elemento coadyuvante para la conjuración de los problemas sociales. La poesía del futuro, según afirmó el escritor salvadoreño Alberto Guerra Trigueros, autor del ensayo *Poesía versus arte*, debía colaborar de manera más íntima “en el desenvolvimiento y solución” de los problemas sociales y humanos. Ideas de este tipo trascendieron el marco de la literatura y el arte y no sólo llegaron a convertirse en motores de las decisiones políticas asumidas por los artistas, sino que tuvieron un impacto en los sectores medios e intelectuales. En ese momento, los literatos centroamericanos llegaron a ser auténticos líderes de opinión y contribuyeron a elaborar propuestas reformistas nacionales que fueron, desde luego, desestimadas por quienes poseían el poder.

En este marco surgió una de las personalidades fundamentales de la historia y la cultura centroamericanas: Augusto C. Sandino. Los cincuenta años de historia que van desde los años treinta hasta nuestro fin de siglo tienen en el héroe nicaragüense una figura altamente simbólica. La década de los años treinta arrancó teniendo como música de fondo los estallidos de la gesta de Sandino contra la intervención de tropas estadounidenses. Aquella fue una lucha que atrajo la simpatía y el apoyo de numerosos centroamericanos y de toda la América Latina. Años más tarde, en medio del entusiasmo que suscitó la Revolución Sandinista de 1979, escritores, músicos y artistas, entre ellos el pintor Armando Morales, inmortalizarían la figura de aquel hombre que fue capaz de resistir a la potencia militar estadounidense y propiciar la salida de los *marines* del suelo de Nicaragua.

El asesinato de Sandino en 1934 levantó una ola de indignación por todo el continente. Con Sandino ocurrió lo que probablemente fuera uno de los pocos acontecimientos del siglo—comparable con la lucha centroamericana contra el filibustero William Walker—capaces de hermanar a muchos sectores sociales y políticos en toda la región.

La invasión norteamericana de Nicaragua no sólo confirmó los temores de la elite intelectual frente a los Estados Unidos, sino que de cierta manera precipitó también una toma de conciencia en los sectores populares, que a lo largo de los años treinta emprendieron luchas reivindicativas, entre las que destacan las huelgas bananeras en Costa Rica y Honduras. En este período se produjo una

serie de obras narrativas relacionadas con la vida en las plantaciones norteamericanas, entre las que cabe señalar *Mamita Yunai*, del costarricense Carlos Luis Fallas, y *Hombres contra la muerte*, del salvadoreño Miguel Angel Espino. En toda Centroamérica, con la excepción de Costa Rica, los sistemas políticos evolucionaron hacia dictaduras que impusieron la censura en los medios de comunicación y anularon la disensión política.

El episodio más trágico, cuyas secuelas se prolongaron a lo largo del siglo, fue el alzamiento de indígenas y campesinos en el occidente de El Salvador en enero de 1932 (que representó el debut del Partido Comunista Salvadoreño en la historia), seguido de la feroz contraofensiva gubernamental que produjo millares de muertos. La matanza suele atribuirse al choque entre una vanguardia comunista al frente de campesinos desesperados y un régimen militar al servicio de intereses oligárquicos, pero sin duda tiene otros ángulos de enfoque. Desde el ángulo de la cultura, aquél fue un acontecimiento que definió la “calidad sangrienta” de las relaciones entre un Estado mesoamericano (es decir, un Estado presidido ya no por una autoridad colonial) y su población indígena, y a partir de ese momento ésta se vio forzada a entrar en un proceso de invisibilización social. En El Salvador, la población náhuatl renunció a su lengua y clandestinizó sus formas naturales de organización en cofradías. Aquella tragedia cultural constituyó una verdadera limpieza étnica. De cierto modo, la matanza del año 1932 representa la culminación del proceso de conquista y colonización. El control de la tierra y la

mano de obra para garantizar la producción de café pasó por la negación violenta de la especificidad cultural de uno de sus componentes, sobre todo en la región de los departamentos de Ahuachapán y Sonsonate, donde las comunidades indígenas habían mantenido un importante grado de solidaridad étnica.

III De la crisis, esplendor

El colapso de la bolsa de valores de Nueva York en 1929 cayó como un trueno en el tejado de las economías agroexportadoras centroamericanas. El resultado fue un largo período en el que las políticas de los Estados afectaron directamente a uno de los pilares fundamentales de la cultura, como es la educación, e incubaron el descontento político y social. Los grandes agricultores recurrieron a la sobreexplotación de los latifundios, postergando así un proceso de industrialización que, de haber ocurrido, probablemente hubiera creado condiciones para el desarrollo de economías más autosuficientes.

Una visión del mundo fundamentalmente agraria determinó, en general, la cultura centroamericana. Y si los símbolos visibles y oficiales de la nacionalidad desde finales del siglo XIX han estado representados en toda la región por elementos esencialmente agrarios, a lo largo de los años treinta y cuarenta también el arte y la literatura exploraron el mundo campesino, convirtiendo al llamado “costumbrismo” en la corriente por excelencia de la identidad centroamericana.

Más allá del oscuro folklore de los tiranos y de las reconstrucciones, a veces hasta correctamente escritas, de las

leyendas y las peripecias de la peonada, una apretada constelación de creadores produjo obras de calidad. Entre todos destacan dos narradores, dueños de un lenguaje y puntos de vista excepcionales: Miguel Angel Asturias, quien ya en 1927 consiguió con *Leyendas de Guatemala* la cristalización de una visión radicalmente nueva de la mitología indígena apropiada en el mestizaje, y Salarrué (Salvador Salazar Arrué), quien en sus *Cuentos de barro* traspuso al personaje campesino de un plano instrumental hacia otro plenamente humano.

En el terreno de la poesía, el fenómeno más importante fue el surgimiento de la vanguardia nicaragüense, que coincidió en el tiempo con la invasión norteamericana de Nicaragua en 1928. Aquellos poetas, entre quienes se cuentan autores de talla universal como José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, propugnaron una restitución de la soberanía, que de inmediato se enfrentó a las formas de ejercicio del poder, tanto de los liberales como de los conservadores.

Ambas corrientes representan el primer grito de independencia de la literatura centroamericana, lo cual no significa que—como sucede en todas partes—una y otra no haya recibido generosas influencias de otros movimientos y tendencias externas a la región, pero que fueron apropiadas y expresadas desde un proceso congruente con el desarrollo cultural de sus respectivos países.

Cuando la economía centroamericana comenzaba a reponerse de la Gran Depresión, el mundo se vio abismado a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Y una vez más, la posición estratégica de

Centroamérica y particularmente del canal de Panamá impuso a las sociedades del istmo nuevas funciones y determinaciones políticas. Los nuevos flujos de ayuda económica procedentes del gobierno de Estados Unidos tuvieron como complemento una mayor ayuda destinada a tecnificar y armar a los ejércitos de la región. Y aunque el estallido de la guerra condujo al cierre de los mercados europeos de café, el gobierno estadounidense otorgó cuotas en su propio mercado a los países productores del grano. La banana corrió peor suerte, ya que los barcos para su transporte y comercialización fueron destinados por Estados Unidos para fines bélicos mientras duró la conflagración. Una vez más, es imposible entender el perfil nacional de cada uno de nuestros países sin tener presente el papel de los Estados Unidos como ingrediente que ha venido penetrando en el tuétano cultural de nuestras sociedades, y no sólo de nuestras economías y sistemas políticos.

La dinámica misma de la guerra contribuyó a acelerar el proceso que terminó con el largo periplo de los dictadores. Un acrecentamiento de la conciencia cívica, unido a un nuevo viraje de la política estadounidense hacia la región, propiciaron la aparición de movimientos contra las dictaduras. En ellos participaron trabajadores urbanos, intelectuales y, con la excepción de Nicaragua, oficiales jóvenes de los ejércitos. Mientras en Costa Rica Rafael Calderón Guardia iniciaba un proceso temprano de reforma, en el resto de Centroamérica se luchaba contra los dictadores. La caída de Jorge Ubico en Guatemala y de Maximiliano Hernández

Martínez en El Salvador fue un paso trascendental que abrió el camino a reformas que modernizaron la economía y la política de esos países. Honduras también se abrió a un proceso de reforma, llevado a cabo por los mismos militares. Nuevos códigos de trabajo, leyes de fomento industrial, aprobación de constituciones más acordes con los tiempos que corrían, así como intentos de reforma agraria, caracterizan aquel momento. El ejemplo más notable es el de la llamada Guatemala "revolucionaria".

Guatemala vivió su primavera política entre 1944 y 1954. Después de la caída de Ubico, bajo los gobiernos de los presidentes civiles Juan José Arévalo y posteriormente Jacobo Arbenz, se incrementó la inversión pública, se emprendieron campañas de alfabetización y se fundó el Instituto Nacional Indigenista. La Ley de Reforma Agraria de Arbenz emitió más de un millar de decretos de expropiación que favorecieron, momentáneamente, a unas cien mil familias campesinas. Los sectores terratenientes y la Iglesia católica sirvieron de plataforma para fraguar, con el apoyo estadounidense, una invasión militar organizada desde territorio hondureño. El ejército guatemalteco le retiró su apoyo a Arbenz y éste se vio obligado a renunciar. El coronel Carlos Castillo Armas, apoyado por los norteamericanos, asumió el poder y revirtió el proceso reformista, conculcando de manera drástica las libertades políticas.

En este mismo período, el auge del café hizo necesario un nuevo proceso de expropiación de tierras a los campesinos. El exilio y la migración pasaron a convertirse en elementos constitutivos del

perfil cultural centroamericano. Se comenzó a experimentar en el campo una drástica reducción de los bosques y una creciente depredación de los recursos naturales, con efectos ecológicos que en pocos años llegarían a ser catastróficos.

Para entonces se había consolidado la hegemonía de Estados Unidos en la región. Los patrones culturales norteamericanos, trasvasados por el cine y los medios de comunicación, ejercieron una verdadera fascinación para los habitantes de las ciudades.

En toda Centroamérica, la idea de nación se había venido construyendo a partir del concepto de una cultura mestiza, integrada fundamentalmente por el cruce racial y cultural de indígenas y españoles. La cuestión del mestizaje surge en Centroamérica en el momento en que grupos sociales tradicionalmente subordinados, o excluidos pero al mismo tiempo vinculados con una tradición étnica europea, comienzan a figurar presencia en el escenario nacional.

Tradicionalmente, los centros de poder han estado integrados por los miembros de la comunidad mestiza indígena-española. Ello deriva con frecuencia en una actitud exclusionista hacia los sectores “no mestizos”—descendientes de africanos, árabes y chinos—, pero principalmente hacia los indígenas, que en la región siguen siendo una fracción significativa de la población, sobre todo en Guatemala y Nicaragua.

Los negros fueron tratados con particular discriminación. Los descendientes de africanos no tenían lugar dentro de la emergente nación mestiza y los gobiernos de corte progresista de ese

período también mostraron poca comprensión en torno al asunto étnico, como lo prueba el caso de la Guatemala de Arbenz. Durante el gobierno de Arbenz se dieron los primeros pasos hacia una educación bilingüe y hacia el fomento de la educación en zonas rurales; sin embargo, las reformas del régimen de tenencia de la tierra favorecieron fundamentalmente a los campesinos, provocándose así la frustración de los pueblos mayas del altiplano y generándose nuevas tensiones entre éstos y los ladinos. El asunto llegó a su clímax con la matanza de indígenas por los ladinos en la aldea de Patzicía en octubre de 1944, durante la cual murieron todos los mayas adultos que fueron encontrados. Asimismo, los jóvenes mayas llegaron a ser la base fundamental del ejército como resultado de un reclutamiento abusivo y discriminatorio.

La concepción mestiza indígena-española oscurece el hecho de que la cultura de estos países ha llegado a constituirse, a través de los siglos, en una compleja y rica amalgama de ingredientes étnicos y culturales. Lo que contemporáneamente se considera “autóctono”, es decir, las supervivencias culturales de los pobladores de la Centroamérica que enfrentaron a las expediciones españolas hace quinientos años, era a su vez el residuo de otros pueblos invasores.

La cultura mesoamericana, integrada al complejo cultural que arranca con las invasiones de los pueblos mexicanos desde la zona del Golfo de México, es un componente fundamental de la cultura actual, aunque no el único. La costa atlántica de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá ha estado desde hace siglos más vinculada con las sociedades

suramericanas. La destrucción de los patrones precolombinos durante la conquista, precisamente por las diferentes formas que ésta asumió en cada región, generó dos tradiciones perfectamente diferenciadas y que sobreviven hasta nuestros días: la mesoamericana y la del sureste centroamericano. A los componentes enumerados vienen a agregarse, en la actualidad, nuevas y crecientes dosis de cultura norteamericana en lo urbano, y de cultura mexicana en lo rural. Si bien la primera es un componente de la misma dominación que los Estados Unidos ejercen sobre los países del área, tampoco se pueden atribuir cualidades perversas a toda manifestación cultural o subcultural por el simple hecho de producirse en los Estados Unidos.

IV La búsqueda de la identidad

Desde mediados del siglo XX, exponentes del sector intelectual y artístico centroamericano volvieron a entablar un debate que data desde finales del siglo XIX y principios del XX y que en pocas palabras podría definirse como "la búsqueda de la identidad". El problema de la identidad comienza a ganar terreno entre los sectores ilustrados que experimentan los primeros efectos de la diferenciación cultural y social de la época moderna. Antes de la fundación de un Estado moderno, que en Centroamérica no comenzó a perfilarse, en general, hasta el último cuarto del siglo XX, era muy difícil hablar de una identidad nacional, ya no digamos centroamericana. Más bien había y perduran de alguna manera a lo largo del período que examinamos—distintas identidades adscritas a

estamentos, clases y grupos étnicos, incluso a posiciones político-ideológicas.

A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial este debate, por influencia de las ideas marxistas y socialistas en general, desemboca en una propuesta de reconstrucción de la imaginaria cultural que se expresa en un rechazo de los símbolos de nacionalidad que habían sido cimentados por el pensamiento liberal, y en una reivindicación de personajes que habían sido proscritos por la historia oficial. Así resurgen personajes como el caudillo nonualco Anastasio Aquino y el mismo Sandino y se rompe el silencio en torno a la masacre de 1932 en El Salvador.

En este debate predominaron dos tendencias en la interpretación del fenómeno cultural cuyas prolongaciones llegan hasta el fin de siglo y que no se excluyen entre sí. La primera establece una posición de "resistencia" frente a lo foráneo (y particularmente a lo estadounidense), concediendo poco o ningún espacio a las elaboraciones locales. En un segundo término, otra vertiente establece la validez de la cultura a partir de lo estrictamente "propio".

Exponentes de una y otra tendencia han descalificado el carácter dinámico y múltiple de la cultura, ya que consideran que, en esencia, las manifestaciones culturales de Centroamérica son productos de la imitación y dependencia de la cultura norteamericana. Centroamérica es vista por estos intelectuales como un campo baldío, donde, como ha escrito el novelista Sergio Ramírez, muchas posibilidades "son derrotadas en el camino, o en el vientre".

En este período, la frecuente denuncia de los intelectuales centro-

americanos contra “lo extranjero” estuvo movida a veces no tanto por una consideración “cultural” como política. Históricamente, los intelectuales y artistas centroamericanos han desempeñado un papel clave y hasta constructivo en la importación ideológica y estética hacia una región que estaba ávida de ideas y de “mundo”. Ya sea por razones diplomáticas—desde Darío, el primero y principal, quien desempeñó cargos consulares en varios países; o Salarrué, que vivió por una década entre Nueva York y Washington; o Asturias, diplomático en París, al igual que el caricaturista Toño Salazar; o por razones políticas como los guatemaltecos Mario Monteforte Toledo, Augusto Monterroso o Roque Dalton, cuya proyección internacional no hubiera sido posible sin el apoyo de la Revolución cubana—o por opción personal, como los pintores Carlos Mérida, Armando Morales y San Avilés—, los intelectuales y artistas centroamericanos han fungido como intermediarios entre su comarca y el mundo, como puentes para el trasiego de ideas exóticas desde Centroamérica al mundo en general y viceversa.

Esta situación privilegiada e irremediable de algunos artistas e intelectuales ha impedido precisamente que Centroamérica siga siendo un reducto aislado de todo contexto universal, carente de memoria, y que, como el mismo Ramírez sostiene, “vive de recuerdos prestados en literatura, arquitectura y formas de organización política”, presa de una resignación a ser perennemente “provinciana”, con escasas posibilidades de acceder a la “universalidad”, o como una extensión estática de las culturas

prehispánicas que sobreviven a merced del turismo.

Estos reclamos, que son prolongaciones de los que en su momento hicieron los literatos de principios de siglo, han pasado a formar parte de una manera de ser y de entendernos que nace de las condiciones en las que estos países surgieron a la historia. Ya no es posible, sin embargo, celebrar lo “autóctono” como la manifestación original por excelencia de nuestras culturas.

No debemos perder de vista que las corrientes migratorias de centroamericanos hacia las ciudades estadounidenses, que se incrementaron en los años setenta hasta llegar a constituir en los ochenta un verdadero río humano, están perfilando una cultura que a su vez transforma, por infinitas vertientes, los patrones de la misma metrópoli.

A menudo aquellas formas de proponer una cultura centroamericana impermeable a la marejada cultural del mundo contemporáneo son similares a los movimientos ultraconservadores que surgen en ciudades como Los Angeles, Estados Unidos, orientados a impedir la contaminación por las “invasiones” de los habitantes de Centroamérica, cosa que, en uno y otro caso, no será posible.

Por este camino se ha llegado a adoptar el enunciado “búsqueda de la identidad”—más como una frase acuñada que como un concepto revelador—, como si ésta, en perenne formación y definición, debiera encontrarse como un objeto acabado, fruto anhelado de infinitas pesquisas, en un lugar ajeno a la forma de ser y vivir de las sociedades en su actualidad. Los lazos de identidad,

precisamente por tratarse de algo más que un discurso articulado, se establecen cuando una comunidad renueva en la vivencia cotidiana intereses que le son comunes, encontrando en su contexto social expresiones de solidaridad que la refuerzan humanamente, e identifica en su devenir histórico—cuyo conocimiento le llega, sea por la tradición o la educación—símbolos que fortalecen su sentido de pertenencia.

Justamente en el período que transcurre desde los años cuarenta hasta finales de la década de los cincuenta, la identidad cultural de los países de Centroamérica se modela también a partir de la conciencia de sus propias carencias. Prueba de ello son los movimientos artísticos que surgen en Guatemala. Luis Cardoza y Aragón y Miguel Angel Asturias en la literatura, y Carlos Mérida en las artes plásticas, recogen de su realidad los elementos que, tratados con excelencia, constituyen cristalizaciones de la cultura no sólo de sus países sino de la humanidad entera. Esta misma valoración se extiende a las obras ya citadas del costarricense Carlos Luis Fallas y del salvadoreño Miguel Angel Espino.

Este debate toma un nuevo giro a partir de los años setenta. El enfrentamiento altamente polarizado de los movimientos sociales con quienes manejan el poder tiende a desplazar el asunto de la identidad a un segundo plano. El debate cultural se define más bien entre las posiciones “internacionalistas de carácter popular” (o proletario) y las posiciones (oficiales) “nacionalistas de carácter burgués pro imperialistas”. Por encima de todo, este tipo de debate se ve determinado por el enfrentamiento entre este y oeste.

No será hasta los años noventa que, después del fracaso de las estrategias revolucionarias y ante la necesidad de construir espacios de entendimiento en un clima de paz, la cuestión de la identidad vuelve a cobrar un nuevo protagonismo en el debate cultural, estableciéndose un discurso muy poco diferenciado entre la cultura oficial y sus antagonistas.

A finales del siglo XX, el debate sobre la identidad no es un debate ocioso. El mundo en el que vivimos ciertamente está llegando a ser de acercamientos y de convivencia en entidades más grandes. Sin embargo, es ineludible el hecho de que en esos nuevos contextos regionales y mundiales, cada entidad y esfera de la cultura deberá tener conciencia de su propia identidad, entender qué la distingue de las otras, y aceptar que su diferencia no es un impedimento, sino que contribuye a la variedad del mundo.

En el caso de El Salvador, la migración masiva de una tercera parte de su población, principalmente hacia grandes ciudades de los Estados Unidos, así como la creciente globalización cultural a partir del desarrollo de los medios electrónicos, han hecho que se torne mucho más compleja la idea que se tiene hoy en día de lo que significa ser salvadoreño.

Lo que percibimos como nuestro país, nuestro hogar y nuestro entorno natural (familia, comunidad, organizaciones, empresas, instituciones), es decir, los diferentes contextos en los que se forman nuestras identidades y en los cuales vivimos nuestras vidas, se han modificado sustancialmente en los últimos veinte años.

Como resultado, en El Salvador se ha renovado desde el fin de la guerra, si

bien con frecuencia de manera confusa, una discusión en torno al tema de la identidad. El término fue manejado casi exclusivamente por las elites intelectuales en las pasadas décadas; hoy en día ha pasado a formar parte de la semántica de la posguerra y, por este camino, ha llegado a constituir un lugar común del que participan tanto el discurso cultural oficial y los políticos, como las organizaciones ciudadanas y los artistas. Asimismo, el término suele ser utilizado en los intercambios entre salvadoreños por la *web* de la *Internet*, así como también por los periodistas locales.

En este contexto, la literatura misma ha experimentado cambios, entre otras cosas en lo que tradicionalmente se ha entendido como literatura salvadoreña (aquella que se produce principalmente dentro de los límites del país), puesto que en el final del siglo una porción significativa de la literatura salvadoreña se está escribiendo en territorios extranjeros e incluso en lenguas distintas de las que tradicionalmente han hablado la mayoría de los salvadoreños.

Si comparamos la ficción literaria de la posguerra con la producida en las dos décadas anteriores, observamos que en los escritores de nuestra época el campo imaginativo no sólo aparece más ensanchado, sino también aparejado a un visible escepticismo en torno a las construcciones culturales presentes (políticas, sociales, artísticas), las cuales son apreciadas sin el entusiasmo por el cambio (de las estructuras, de las mentalidades) que caracterizó a sus predecesores.

La atroz y destructiva rutina cotidiana en medio de la soledad de las

ciudades donde habitan y el desencanto y repudio de las formas de identificación propuestas por la cultura oficial, son nociones que invariablemente se reflejan en las obras de los escritores que nacieron de la década de los años cincuenta en adelante.

El debate que se ha establecido aborda el tema de la identidad principalmente desde dos puntos de vista: 1) Su construcción a partir de las relaciones de los ciudadanos salvadoreños, donde quiera que se encuentren dentro o fuera de su país, con la población y el territorio nacionales. Este punto de vista, ligado a un concepto más tradicional de la identidad vinculada al territorio y la nación, tiene asidero objetivo en las remesas económicas (que equivalen al producto interno bruto) de los ciudadanos salvadoreños en Estados Unidos a sus familias en El Salvador. Unos y otros siguen siendo salvadoreños a partir de la materialización de un vínculo. Otra de sus expresiones es el retorno permanente, aunque por períodos limitados, de millares de salvadoreños a su territorio, donde actualizan su vínculo con la realidad salvadoreña. Esta consideración podría extenderse al resto de los países centro-americanos. 2) La construcción de identidad a partir de la influencia de los medios de comunicación (la televisión y la *Internet*, principalmente), esto es, una identidad moldeada sin referencia necesaria al territorio. Tanto los jóvenes salvadoreños que viven en los barrios de la ciudad de Los Angeles, como los que habitan en los barrios más modestos de Long Island, Nueva York, participan con sus paisanos del municipio de Soyapango o Zacamil (ambos forman parte del perímetro de San Salvador) de elementos culturales

propios de las masas urbanas por medio de los formatos y géneros de la industria cultural de la imagen.

Todos estos fenómenos se encuentran reflejados en la literatura de ficción de la posguerra, que es la primera esencialmente urbana en Centroamérica y que recrea la catástrofe de una sociedad

fragmentada y empobrecida. Paradójicamente, la generación de escritores que quizá haya gozado de las mayores libertades públicas en todo el siglo no proyecta en sus narraciones y novelas ningún entusiasmo por los logros políticos conseguidos durante uno de los períodos más cruentos en la historia de América Latina.

M. HUEZO M.

Miguel Huevo Mixco (San Salvador, 1954) fundó con otros poetas una efímera publicación literaria (*El Papo*), y escribió para revistas de la región centroamericana antes de haber cumplido veinte años. En 1978 publicó su primer libro de poemas. Este período coincide con el auge de la lucha social en el país, a la cual se sumó como propagandista de organizaciones obreras revolucionarias.

En 1980 viajó a Costa Rica para integrar un equipo de trabajo junto con otros escritores, entre ellos Manlio Argueta, Horacio Castellanos Moya y Roger Lindo, quienes desde San José, colaboraron con el movimiento revolucionario salvadoreño. En 1981 asumió el montaje y la dirección de la radio guerrillera “Farabundo Martí”, en el departamento de Chalatenango, en la zona de guerra. Entre 1981 y 1991, estuvo al frente de la radioemisora realizando misiones en diversas zonas de conflicto. Durante esos años publicó tres libros de poesía.

En 1993 renunció a su militancia partidista para retornar de lleno a sus actividades literarias. Trabajó para organismos internacionales, tales como con la Fundación Oscar Arias (Costa Rica) y el Centro Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES de Nicaragua), en la investigación documental sobre el papel de las Fuerzas Armadas en El Salvador.

Hasta la fecha ha publicado cinco libros de poesía, dos sobre cultura y literatura, y otro histórico-político relacionado con el ejército salvadoreño en la posguerra. Es editor de cultura de la revista *Tendencias* de San Salvador y colaborador permanente de la página editorial del periódico *La Opinión* de Los Angeles, California. Actualmente es Director de la casa editora del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (CONCULTURA), en El Salvador.

Otras publicaciones disponibles de la serie Encuentros:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas, destacado historiador colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú, líder indígena guatemalteca y
Premio Nobel de la Paz en 1992. No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella, bailarín estadounidense y director artístico
del Ballet de la Ciudad de Miami. No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell, novelista beliceña y autora de *Beka Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las artes de Japón*
Ann Yonemura, curadora norteamericana de arte japonés de
las Galerías Freer y Sackler de la Institución Smithsonian.
No. 10, marzo de 1995.

○ *Hacia el fin del milenio*

Homero Aridjis, poeta mexicano y ganador del Premio Global 500 de las Naciones Unidas. No. 11, setiembre de 1995.

○ *Haití: una experiencia de dos culturas*

Edwidge Danticat, novelista haitiana y autora de *Krik! Krak!*.
No. 12, diciembre de 1995.

○ *Los significados del milenio*

Bernard McGinn, teólogo norteamericano de la Universidad de Chicago.
No. 13, enero de 1996.

○ *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad (siglos XVI - XVIII)*

Manuel Burga, sociólogo peruano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
No. 14, febrero de 1996.

○ *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo.*

Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la Universidad de Stanford.
No. 15, marzo de 1996.

○ *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl.* David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton. No. 16, junio de 1996.

○ *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*

Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
No. 17, setiembre de 1996.

○ *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*

Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
No. 18, noviembre de 1996.

○ *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*

Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
No. 19, marzo de 1997.

○ *Sociedad y poesía: los enmantados*

Roberto Sosa, poeta hondureño.
No. 20, mayo de 1997.

• *Architecture as a Living Process*

Douglas Cardinal, Canadian architect of Washington, DC's National Museum of the American Indian. No. 21, July, 1997.

○ *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Daniel Catán, compositor mexicano.
No. 22, agosto de 1997.

- *Welcoming Each Other: Cultural Transformation of the Caribbean in the 21st Century*
Earl Lovelace, Trinidadian novelist and winner of the 1997 Commonwealth Prize.
No. 23, January, 1998.

- *De vuelta del silencio*
Albalucía Angel, novelista colombiana y pionera del posmodernismo latinoamericano.
No. 24, abril de 1998.

- *How Latino Immigration is Transforming America*
Roberto Suro, North American reporter for *The Washington Post*, and former *New York Times* Bureau Chief. No. 25, May, 1998.

- *The Iconography of Painted Ceramics from the Northern Andes*
Felipe Cárdenas-Arroyo, Colombian archaeologist from the University of Los Andes in Bogota. No. 26, July, 1998.

- *Celebrating the Extraordinary Life of Elisabeth Samson*
Cynthia McLeod, Surinamese novelist and author of *The High Price of Sugar*.
No. 27, August, 1998.

- *Un país, una década*
Salvador Garmendia, escritor venezolano y ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura. No. 28, setiembre de 1998.

- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Gloria Guardia, escritora panameña y correspondiente de la Real Academia Española.
No. 29, setiembre de 1998.

- *Made in Guyana*
Fred D'Aguiar, Guyanese novelist, winner of the Whitbread Award, and Guyana Prize for Fiction and Poetry. No. 30, November, 1998.

- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
Sergio Ramírez, escritor Nicaragüense y Vicepresidente de su país.
No. 31, mayo de 1999.

- *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino y autor de *Santa Evita*.
No. 32, mayo de 1999.

- *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*
Leopoldo Castedo, historiador español-chileno.
No. 33, setiembre de 1999.

- *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*
Miguel Huevo Mixco, periodista y poeta salvadoreño.
No. 34, octubre de 1999.

- *The Female Memory in Narrative*
Nélida Piñon, Brazilian novelist, author of *The Republic of Dreams*.
No. 35, November, 1999.

o Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.

Banco Interamericano de Desarrollo

CENTRO CULTURAL

1300 New York Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20577
U.S.A.

Tel: (202) 623-3774
Fax: (202) 623-3192
IDBCC@iadb.org